

Henry Miller

De la autobiografía de Henry Miller

"Para los que piensan, la vida es una comedia. Para los que piensan o trabajan, pero por medio de los sentidos, la vida es una tragedia."

La suerte no pudo nunca ser menos avara con Henry Miller: a los setenta y nueve años estaba por quedar terminada la película The Henry Miller Odyssey de Robert Snyder, y Bradley Smith le proponía publicar su autobiografía. Aunque en un principio Miller rechazó la oferta, después de 18 meses se había reunido la cantidad de cinta magnética suficiente para dar forma al libro. El mismo Smith editó la cinta por temas eliminando de éstas todas las partes que no pertenecieran a Miller. Así, para 1972 aparecía la versión empastada bajo el nombre My Life and Times que el mismo Miller había hecho el favor de revisar y corregir.

Pretender que el libro es una suerte de autobiografía sería caer en un exceso: en realidad no quita ni añade mucho que no haya sido escrito. Lo interesante, como lo imaginó Miller, es el cambio de perspectiva: se trata, esencialmente, de un libro platicado. Los pasajes que siguen pertenecen a los dos primeros capítulos (Now, Writing) de este libro. No contienen el texto íntegro de Miller: han sido editados en favor del lector y del espacio.



I

Empezaré diciendo que la forma en que paso la mayor parte de mi tiempo no es del todo la forma en que me gustaría. Esto es porque sigo siendo un hombre con cierta conciencia de la cual estoy arrepentido. Soy todavía un hombre atento de los mismos deberes y obligaciones contra los que he estado luchando toda mi vida. Así es como lo siento, de pronto quisiera mandar todo a la chingada, largar todo al carajo. Quisiera —y lo he repetido una y otra vez—, tan lejos como fuera posible, no hacer nada, quiero decir, absolutamente nada, casi vegetar. Por supuesto que no se trata de vegetar en la acepción común del término; para mí significa estar inactivo, desatender todo aquello que la gente considera importante. En los últimos años he insistido en el paso del hacer al ser; me interesa más lo último. En realidad no existe nada que desee realizar, nada tiene un valor real sobre mí, nada es tan importante como para que tenga que ser realizado y, a pesar de esto, día tras día estoy haciendo estos pinches quehaceres que me han sido impuestos por otras gentes. Tengo muchos proyectos y todos creen que deben saber lo que estoy haciendo, cómo vivo, qué es lo que ha sido de mi vida y demás. Me molesta profundamente el estar en cierta forma remoldeando todo aquello relacionado con mi vida o los proyectos del futuro.

No quiero planes; concretamente no tengo planes para el futuro. Todos los días cuando me levanto me gusta decir como dicen en Francia: *le bel aujourd'hui* y me gusta pasar el día de la forma que me plazca aunque no tengo ninguna en especial. Me encuentro en aquel maravilloso punto en el que no encuentro la necesidad de llevar ninguna forma de vida prescrita. Pero no lo puedo hacer: soy muy bien conocido para cualquier cosa, la gente me estorba y mis amigos son a menudo mis peores enemigos. No los puedo ignorar, ni lo intento. Actualmente no existe la opción. Creemos tener alternativas pero el temperamento, el carácter y la forma de vida previa, todo lo que se ha hecho en la vida, dictan lo que se debe hacer, gústenos o no.

De esta forma, hasta cierto punto, me siento víctima de mi propia creación, de una obra que ahora mucha gente considera importante y estoy pagando las consecuencias. El tiro me salió por la culata de una forma muy extraña. La gente dice que la debo estar pasando a toda madre, que tengo dinero, una casa bonita, alberca, mujeres alrededor y demás. Es una fantasía.

Es cierto que mi vida nunca es aburrida. Siempre hay gente yendo y viniendo todo el tiempo, es decir, amigos, amigos de amigos y mujeres, así que de aburrición no padezco. Algunas veces desearía poder lograrlo, que no hubiera nada que hacer y que el tiempo corriera muy lentamente. Pero estoy condenado —o tal vez lo contrario, no sé lo que sea— con una mente que con frecuencia está cambiando de parecer. Los engranes nunca paran. En la noche me levanto dos o tres veces para anotar lo que haré al día siguiente. Y no quiero hacer nada

Traducción y nota de Antonio Saborit

De la autobiografía de Henry Miller

mañana, pero he de hacer algo; quizá me dedique a buscar un libro que he estado deseando leer. Mi mente nunca para.

Vivo de algún modo en una contradicción tremenda, aunque, digamos, no muy dolorosa. Estoy contradiciéndome al decir que todas estas cosas no tienen una importancia para mí y otorgarles, no obstante, cierta importancia. No me detengo en menudencias: todo lo que *quiero* hacer lo tengo que hacer —ese es el alemán en mí que detesto. Y lo hago, llevo a cabo estas órdenes, estos impulsos. Constantemente estoy respondiendo.

Económicamente no tengo ningún problema. Quizá podría vivir dos años con todo lo que he ahorrado, es decir, en caso de que mis ingresos pararan, de que no me llegaran más. Sin embargo, creo que siempre tendré los suficientes dividendos de mis libros como para seguir viviendo. Pero nunca sería capaz de vivir como lo hago actualmente. De cualquier modo tampoco me importaría. Esta vida que llevo no me sienta bien. Siempre he vivido muy humildemente y el lujo no me interesa, no me gusta tener sirvientes. Aquí hago mucho del trabajo doméstico. Por un tiempo yo solo me encargué de la casa, limpiaba los pisos, lavaba los platos y cocinaba. Ya no me gusta hacerlo pero lo puedo hacer. El hábito lo adquirí en París donde todo lo tenía que hacer yo. Solía cocinar unos platillos maravillosos para mis amigos en un tiempo increíble, no sé cómo le hacía. Todavía cocino algo para mí de vez en cuando.

El día ideal para mí sería, primero que nada, el día que no acarrearía ninguna interrupción, sin ninguna llamada telefónica, sin nada de visitas o de cartas inmediatas o importantes por responder. Un día para mí mismo. Entonces podría consentirme la escritura de algunas cartas. Me levantaría muy tarde y únicamente cuando me sintiera con la fuerza y el vigor necesarios como para brincar de la cama. No le prestaría atención al tiempo; cualquier hora del día que fuese, al carajo; esa es una de las cosas que más me molesta, la hora. Tiempo para comer, tiempo para hacer ésto o aquello, no, lo detesto. Ahora que estando de buen humor podría incluso escribir algo más que las cartas porque todavía hay muchas cosas que me gustaría escribir, y no estoy hablando de un libro enorme.

Pero antes que nada me echaría una buena nadadita. Después me gustaría —pero sólo de vez en cuando y preferiblemente al finalizar la tarde— que me cayera un buen amigo y además buen jugador de ping-pong. Nadaría y jugaría ping-pong. Una comida francesa de ser posible. Luego me encantaría ir al cine —que es lo que a menudo hago por las tardes. Si no encuentro la película que quiero me la juego con una película japonesa. Nueve de cada diez me gustan. Pero con las anunciadas como la gran película termino por salirme a los diez o quince minutos nueve de cada diez veces y, muy de vez en cuando veo películas de primera clase. (Una maravillosa excepción fue *Satiricón* de Fellini.) Finalmente, me pondría a leer. Siempre leo en la cama y siempre tengo seis u ocho libros en la cabecera y voy pasando de uno a otro.

Siempre que pasa una mujer por aquí me pongo muy contento y, por supuesto, pasan. Voy a decir algo acerca de

estos coños disponibles. El acostarme con uno de ellos quizás no sea lo más importante en la medida en que me interesa más ser capaz de pasar un buen rato con una mujer; si se trata de irse a la cama, bien, y si no, también —ya no existe el *sine qua non*. Aprecio a las mujeres a mi alrededor como se pueden apreciar las flores: añaden algo a la atmósfera, hacen la vida más interesante. Siempre he preferido estar rodeado por mujeres que por hombres. Hago amistades muy fácilmente pero no quiero tener un montón de amigos, mi vida está plagada de ellos —quienes, por decirlo así, han impedido mi progreso antes que ayudarme. Es una forma muy cruel de decirlo aunque no es exactamente lo que quiero decir. Estoy en deuda con ellos en muchos aspectos, pero cuando se trata de algo que en realidad tengo muchas ganas de hacer son mis amigos quienes se interponen en mi camino antes que mis enemigos. Consumen gran parte de mi tiempo. No se me tome a mal, aprecio la amistad y no soy un misántropo, e incluso creo ser fiel.

Por lo mismo que atraigo a mucha gente, ésta siempre termina enchinchándose, metiéndose en todas partes. Cuando oigo el timbre recuerdo lo que leí en alguna parte acerca de D. H. Lawrence, que solía esconderse en la cocina o en cualquier lado con tal de que no lo atraparan. No les digan que estoy, es lo que siempre ando diciendo, o que me fui de viaje. No creo que se trate de una actitud engendrada por la época aunque sí debe tratarse de un factor. En mi caso se trata de una fobia, del mismo modo que el teléfono es y ha sido una fobia toda mi vida, incluso cuando trabajaba en la *Western Union* en donde tenía que arreglármelas para hablar con tres personas a la vez en diferentes teléfonos. Todo el tiempo hay gente viniéndome a ver, incluso gente que no conozco y que nunca invité. Puede ser que sea bueno, malo o lo que sea, pero ¿cómo me las arreglo? Humanamente es imposible. Me encanta estar con mis verdaderos amigos. Algunas veces le abro la puerta a algún extraño que termina por demostrar que es una persona maravillosa —lo cual no implica que lo quiera volver a ver, con una vez es suficiente.

Hace como un año que he vuelto a interesarme por la música y particularmente por el piano, que hace años solía tocar. Tuve la gran fortuna de hacerme amigo de Jakob Gimpel, el concertista de piano. Ahora voy dos veces al mes a su casa a tomar clases. Debo decir que esa es una de las grandes aspiraciones de los últimos años —el asistir a una clase. Me abre toda una serie de perspectivas nuevas. La mayoría de sus alumnos son pianistas talentosos y cada uno toca lo primero que se le viene en gana. Después que terminaron de tocar los hace repetir eso mismo frenándolos y corrigiendo, mostrándoles precisamente lo que está mal y lo que les falta en la interpretación. Debo subrayar esa palabra: *interpretación* —es algo que me produce un gran placer. Con respecto a ciertas cosas en la vida esa es una de las palabras que más me agradan, *interpretación*. Considérese el campo de la astrología, hay de astrólogos a astrólogos, y los únicos que valen la pena son aquellos que cuentan con el don de la interpretación. Cualquiera puede aprender a





reconocer un trazo pero de ahí a hacer una buena interpretación del carácter y del destino de un hombre hay mucha diferencia. Lo mismo sucede con la música, la crítica, la escritura, la pintura. Cada vez que asisto a esa clase aprendo un poco más acerca de la interpretación.

Ya no toco el piano en serio. Algunas veces me siento y me pongo a parodiar, imito el estilo histriónico de algunos pianistas y hago como si estuviera tocando. Por supuesto que siempre toco las teclas equivocadas. No pretendo tocar seriamente porque esto implica un gran trabajo y, como pianista, carezco de algo muy importante: talento. Por esto renuncié a seguir haciéndolo. No puedo improvisar y no puedo interpretar. Para mí no significa nada el poder sentarse al piano y tocar una sonata de Beethoven. ¿Alguna vez podré tocar como el Sr. Gimpel o sus alumnos? Nunca, nunca en la vida. Es posible que aprenda a tocar medianamente y no tiene nada de chiste el no poder llegar a hacer bien estas cosas, mi oído está tan bien adiestrado como para quedar satisfecho con una interpretación mediocre.

Todo supone tiempo y disciplina. Se debe practicar regularmente o no tiene caso, hay que estar ahí y practicar todos los días. Esa es una de las razones por las que un hombre como Picasso resulta tan maravilloso, nunca pierde el pulso porque siempre está sobre él. Incluso ya no tiene que pensarlo más: se encuentra precisamente en sus dedos. Levanta el pincel y el pincel le dice qué hacer —o algo así.

Seguramente me he vuelto algo perverso. Lo que quiero decir es que quiero ser lo opuesto de lo que soy y sin embargo, para ser franco, estoy muy contento tal y como soy. No quisiera cambiar y he ahí una gran contradicción. Lo admito descaradamente. Hay que acentuar el problema del *ser* vs. el *hacer* porque no se trata de un conflicto personal, es un problema de todo el mundo. Este ajetreo de panal, esta actividad sin sentido es contra lo que estoy. Debo agregar otra cosa: siempre hay una parte de mi vida que guardo en secreto, incluso a mis amigos. Esta es de la que nunca escribo y es una parte muy importante en mí. (Existe una pequeña porción de la vida de uno que constantemente está siendo reducida de tamaño. Y esta parte remota, esta parte de la mente, puede ser la más importante, aquella que nos permite terminar todo lo que se emprende en la vida.)

Soy un hombre que constantemente está enamorado. La gente dice que soy un romántico irremediable y quizá sea cierto. En todo caso, estoy agradecido de los poderes que me permiten ser como soy, que me han acarreado penas y gloria. No me gustaría ser de otra forma. La gente trabaja mejor, es más creativa, cuando está enamorada. Por lo que resulta cierto que si se es creativo existe mucho trabajo involucrado. A menudo pienso en el Antiguo Testamento y la forma en que Dios creó al mundo en seis días, le pareció bien y ahí lo dejó. Supuestamente estaba satisfecho de su creación.

Pero no me parece que se trate de una idea acertada de la creación, porque ésta avanza constantemente; una vez que se

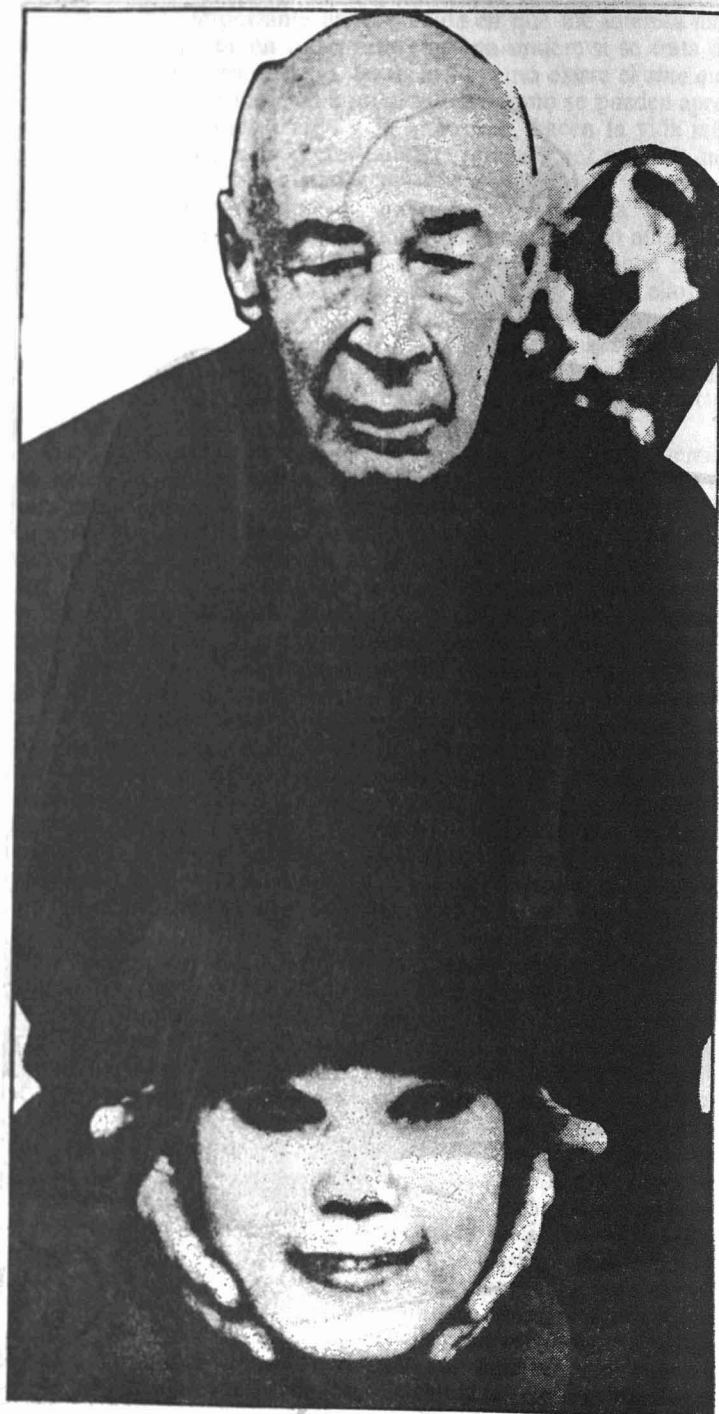
ha empezado se convierte uno en parte de su propia creación —contra lo cual no se puede hacer nada. Todos aquellos que somos un poco conscientes e inteligentes sabemos que tenemos que jugar un papel en la vida. A veces se dice que se puede hacer esto o que se podría hacer esto otro, pero no es cierto. No existe la alternativa. Eres lo que eres y serás eso mismo. Pero en realidad carece de importancia discutir si es algo cierto la idea del "papel en la vida" —al menos le da fuerza al ego y sentido a la vida misma. Uno se desarrolla en la medida en que puede jugar con sus mejores mañanas. La tragedia de nuestra época está en que las gentes no se dan cuenta de su papel, no están conscientes de él y son para tenerles lástima.

En algún momento todas las personas que han venido a entrevistarme han preguntado cómo me convertí en escritor. Les he dado una respuesta que tal vez pueda ser cierta pero no sé hasta qué punto. Les explico que fui un fracaso, que intenté todo lo demás, y ¿por qué entonces no ponerme a escribir? No se trata de una respuesta muy convincente pero a pesar de todo algo tiene de cierto. La verdad es que tenía miedo de convertirme en un escritor. No pensé que tuviera habilidad, se trataba de algo muy importante. ¿Cómo iba yo a decir *soy un escritor*? Quiero decir escritor con E mayúscula —un escritor como Dostoevsky, Joyce, Lawrence y demás. Así que lo dejé para el final.

Me parece preferible llevar una vida correteada, peligrosa y con ciertos temores a aquella del vendedor con su portafolio. Se trata de la vida propia, de la miseria y del infortunio personales. Se es de una sola pieza. Cualquier cosa que suceda, buena o mala, es uno quien la está encarando y no cualquier doble. Un vendedor es un hombre con una personalidad dividida: por un lado el marido, el padre, el protector de la familia y por otro el esclavo que emprende las cosas con vehemencia y dice sí a su jefe y hace un sin número de cosas en las que no cree. Pero cuando se está desamparado y se tiene que pedir ayuda no se es más que uno mismo, se está desnudo, a la deriva e indefenso. Siente uno que todo el tiempo está cargando con su propio yo. Es cierto que existen dos clases de servidumbre. Uno no puede deshacerse de ellas; ambas resultan terribles y espantosas, pero haciendo lo que le gusta a uno hacer se guarda cierto sentido de la libertad —incluso cuando esta libertad sea para pasar hambre y sufrir.

Acaso, después de todo, esta sea una gran verdad, en el más alto de los sentidos: la vida es *servidumbre*. Pero hay servidumbre voluntaria e involuntaria. La servidumbre voluntaria incluye a las grandes figuras —y al decir esto no me estoy incluyendo aquí. Me refiero a los personajes famosos como San Francisco, por ejemplo, que eligió dedicarse a una vida de servicio a la humanidad y padecer voluntariamente toda clase de humillaciones y sacrificios.

Me aflige muchísimo la idea de que yo también pueda tener lo que se llama una doble personalidad. Últimamente me han leído la mano varias veces y siempre descubren que las líneas del corazón y de la mente están muy juntas. Se supone que



esto no es muy común. ¿Qué es lo que significa? No lo sé. Primero pensé que era algo conflictivo. Pero es algo más; como pensar y sentir. Para las personas que piensan, la vida es una comedia. Para aquellas que piensan o trabajan por medio de sus sentidos, la vida es una tragedia. Pienso que en mí hay mucho de esto. Siempre tengo este sentimiento de estar dividido. Con frecuencia alcanzo a ver dos alternativas. No soy un pensador muy lógico. Mis sentidos dictan en gran medida mis pensamientos. Al expresarlo por medio de la escritura trato a menudo de no decir que soy un optimista o un pesimista. Me gustaría pensar que existe algo más allá de los contrarios, creo que es el verdadero punto de vista.

Soy una persona religiosa pero no fanática. Digámoslo muy sencillamente: cuando decimos que no sólo de pan vive el hombre se trata de una frase muy sutil. Lo que quiere decir es que no es el triunfo en la lucha por la vida —ganar el pan, la seguridad, la protección a la esposa y los hijos— lo que sostiene al hombre. Se trata de algo impalpable, es un espíritu. No se le puede nombrar ni definir, es más grande que cualquier otra cosa, abarca todas las cosas.

Creo sentirlo cuando entro en contacto con esto y uno se percata de su presencia al hablar con las gentes: entre ellas están las de "un espíritu menor" y las de "un gran espíritu". Nadie carece del suyo pero la llama es insignificante en algunos casos. La mayoría de las gentes no parecen ser más que breves llamas parpadeantes. Se da uno cuenta de ello cuando se las compara con algún individuo que es todo fuego, todo esplendor. Aquellos en que la llama del espíritu es enorme son ejemplos extraordinarios de seres humanos.

La mayoría de nosotros somos, tan sólo gente. Sin embargo, esa idea no es capaz de alentarnos lo necesario y es algo con lo que nunca he estado de acuerdo, el considerar a todos los demás tan sólo como *gentes*. Es agradable y poco pretencioso hablar de esta manera y significa ser afectuoso y buen vecino y *simpático*. Esta bien. Algunas veces, también —y creo que hasta los más santos desean y actúan así— es necesario estimular a la gente. Se le tiene que codear, empujar, activar. Se le tiene que picar para que despierte. Uno lo hace sin consideración alguna de tal forma que se den cuenta de sí mismos, de sus potencialidades. La mayoría de nosotros vivimos muy abajo de nuestro potencial.

Cuando se dice "*gente*, tan sólo", se habla de todos aquellos que viven bajo la línea del horizonte, que no se han levantado. Están ahí como un cajón suave sobre el cual flotamos confortablemente. Es cierto que estas gentes son las que nos mantienen, son ellas quienes hacen la obra del mundo y que si pudieran hacer otra obra harían una más grande. No considero que sea realmente tan importante aquello que llaman la obra del mundo, ni que día tras día sea glorificada. Sería más conveniente si a la gente se le dijera que fuese floja, evadiera el trabajo, que holgazaneara feliz y tranquilamente, sin preocupaciones ni molestias. Creo que podríamos terminar con este trabajo cualquier otro día. Siempre es lo mismo, el cotidiano y asqueroso trabajo.

Dijo Jesús: "Mirad cómo crecen en el campo las azucenas, ni se afanan ni se mueven." El trasfondo de esto es que estamos creando una obra no porque tenga que ser realizada sino porque somos una punta de entrometidos que no sabe nadar en la corriente de la vida. Preferimos una actividad sin sentido a una actividad genuina, que incluso pudiera convertirse en una completa inactividad. No pretendo que uno se esté quieto y que no haga nada, sino que lo que se haga tenga cierto sentido, cierto significado.

Voy a decir algo que parece contradecir a lo anterior pero a menudo la verdad posee esta cualidad paradójica. Se puede tomar como un par de contrarios que se funden en uno. Lo que quiero decir es que un hombre que se mete de lleno en esta vida de un modo consciente y deliberado es porque le agrada lo que está haciendo. Es casi tan libre como el hombre que anda sin rumbo fijo por la calle. Cuando algo se acepta por completa ya no puede martirizarnos. Pero son excepciones.

Con frecuencia me cuesta trabajo empezar a escribir, pero empiezo. Parto de cualquier cosa que se me venga en mente —puras tarugadas por lo general. Después de una página o dos, me doy cuenta de que ya estoy encaminado. No importa dónde se empiece, siempre se vuelve a lo que se es. No hay modo de escapar de uno mismo. Por ejemplo casos como Flaubert, Balzac, Henry James, que son considerados escritores objetivos. No escribieron en primera persona: crearon tipos, imaginaron personajes, cada vez algo exterior a ellos. No obstante, siempre se puede encontrar a Henry James o a Balzac en lo que escribieron. Turguénev vs. Dostoievsky es otro caso. Este último se pasó todo el tiempo asistiendo a su propio nacimiento. Turguénev fue el sobrio estilista, el académico. Pero tampoco pudo deshacerse de sí, se le reconoce en cualquier línea. No importa cómo se aproxime a una cosa, siempre se volverá sobre uno mismo y las obsesiones personales. Por cierto, Dalí habló de una manía obsesiva en el artista como si en realidad un artista no fuera bueno a menos que se encuentre poseído y obsesionado. Y, de hecho, Dostoievsky estaba poseído. Dalí me llama más la atención como un hombre obsesivo. Ambos son ejemplos de hombres que estuvieron en el asidero de algo superior a ellos.

Otros artistas tratan de evadir esto. Por "otros" quiero decir aquellos que el mundo mira favorablemente como más acabados, como artistas más logrados. Un gran novelista como Tolstoy, por ejemplo, sería considerado de esta manera. Del otro lado estaría Dickens —un individuo completamente distinto. ¿Quién influyó más al mundo? En realidad yo creo que Dickens influyó más al mundo que Tolstoy y que, finalmente, Dickens sobrevivirá a Tolstoy. Dickens tocó un nivel humano más profundo. Y, de pasada, señalaré algo más: era un gran humorista. Esa es su gran cualidad, nos hace reírnos de nosotros mismos.

Creo que fue Baudelaire quien dijo: "Estén siempre tomados." ¿Pero que significa eso? Estar siempre extasiados. Estar siempre llenos de una intoxicación divina. Ese era el sentido



de aquello. No era borrachera en el sentido brutal del término. ¿Y quién, si no Rabelais, celebró esto más que nadie? Tengo en uno de mis libros un pasaje hermoso donde cito a Arthur Machen, el escritor galés, cuando habla de la obscenidad de Rabelais, de la larga lista de palabras obscenas que fluyen constantemente en Rabelais. Dice algo sobre su efecto: "Obsérvese que no se trata de un catálogo cualquiera. Es algo anormal. Va mucho más allá de lo normal, está sobrecargado; tiene cierto significado más allá de todo esto."

No podrían encontrarse en el mundo occidental dos ciudades tan diferentes como el Nueva York de 1850 y el París del mismo año. Sin embargo, Baudelaire encontró un vínculo en las obras y el personaje de Edgar Allan Poe. En cierto modo ambos fueron dos parias. Poe, una figura desacreditada; Baudelaire, incluso hasta un poco más —él mismo se creó esta imagen. Escupió sobre la sociedad. A pesar de las diferencias de lugar y de hombres, todo el tiempo encontramos estas correspondencias compartidas.

En mi libro sobre Rimbaud hay una coda al final que es una especie de fragmento surrealista. Me fui sobre libros de todo tipo buscando datos y nombres y títulos para escribir esas dos o tres páginas. Traté de demostrar que, conforme iba terminando el siglo XIX, todos los artistas prominentes en ese siglo eran personajes trágicos. El siglo XIX, como se sabe, fue un siglo de progreso material, de la llamada ilustración, racionalismo, etcétera. Los artistas estuvieron en contra de esto y acabaron todos crucificados. Muchos de ellos murieron tempranamente de una manera horrible. Nietzsche terminó loco en un asilo, Van Gogh y Rimbaud murieron uno tras otro a la edad de 34 años. Es un completo catálogo de desastres. Sin embargo, todos estos hombres compartían ampliamente la visión de algo mucho mejor por llegar.

Me refiero a los espíritus torturados porque son ellos quienes reflejan ese "espíritu", la víctima del siglo pasado. Los afectados lo son porque tratan de preservar lo que es vital para nosotros. Tómese a Blake que empezó en el siglo XVIII y continuó en el siguiente: fue una gran figura, profética y enigmática. Ahí está Nietzsche. Un loco como Strindberg. Qué revuelta y qué severidad de grupo social. Estas figuras descubren al mundo moderno por separado, sus dilemas son lastimeros. Hombres como Balzac, Ibsen, Nietzsche, representan en su obra la peculiar tragedia del hombre. Ellos la previeron, observaron lo que le estaba sucediendo al mundo y al hombre.

El hombre del siglo pasado empezó a sentir una soledad que nunca antes había sentido, al menos hasta donde he leído. A lo largo de un siglo la ha venido sintiendo y cada vez se encuentra más solo y más atomizado. Ha sido fragmentado. Está consigo mismo como nunca antes había estado porque en el pasado contaba con la tradición y las convenciones. Ahora no queda nada en el horizonte: ningún gran líder, ningún Moisés que pudiera sacarnos de la barbarie. Ahora le corresponde al hombre salvarse a sí mismo, no puede pedir ayuda a nadie, esa es la esperanzadora y desesperada cualidad de los tiempos mo-

deros. El hombre tiene que reconocer que es algo más que un ser humano o desaparecerá. Vivir o perecer. Vivir al máximo. La historia religiosa del mundo ha sido la de un hombre con bastón. Ahora estamos tirando los bastones, tenemos que aceptar o rechazar a Dios, es ahora cuando las cosas tienen que ser realizadas y no después.

En el pensamiento de Occidente siempre han existido el bien y el mal, pero en la metafísica hindú llegaron más allá de eso, y dieron con la única solución: trascender los conflictos, no mirar una sola idea como buena y la otra como mala. Se debe tener una visión que abarque ambas. Se trata de una actitud casi divina, desde que se supone que Dios mira las cosas imparcialmente: mañana estarás muerto, esto y lo demás. Dios no se apura por uno. Dicen que Dios protege al gorrión. Para mí todo esto es pura mierda. Como todos sabemos Dios nunca ha cuidado a nadie, nos hemos cuidado y jodido unos a otros dentro del mismo negocio. Así que cuando hablamos de esquizofrenia no pienso que estemos pasando por un mal período y que en alguna época remota fuera lo contrario. No me parece que sea de esa forma pero sí creo que la única salida para el *Homo sapiens* es la muerte. Tiene que llegar a existir otro tipo de ser humano con una conciencia diferente. No tendrá nuestros problemas, serán otros, no tendrá lo que yo llamo problemas miserables e insignificantes. Los mayores problemas para mí son el hambre, la guerra y la injusticia —problemas que debieron de haber sido resueltos hace miles de años. Cualquier hombre inteligente y sensible está por encima de todo esto —para él éstos no son problemas.

He notado que la influencia oriental en la escritura y en la filosofía es más fuerte que nunca. Estuve interesado en la filosofía china y en la hindú a los 18 años, pero cuando hablo de Krishnamurti, hay un hombre que supera todo esto. Creo del mismo modo que la filosofía nunca hizo bien a nadie. La metafísica es otra cosa: son juegos que el hombre practica: tiene cabeza y hay que utilizarla. Estos recursos únicamente sirven de entretenimiento, el hombre no vive de eso. Le preguntaron a Krishnamurti acerca de la muerte; bueno, dijo, ¿quién sabe algo de la muerte? Es muy cierto, nadie sabe nada, ¿para qué molestarse pues con eso? Lo principal es no temerle. No obstante, no soy de la opinión de que el hombre deba tener siempre ante sí el problema de la vida y la muerte. No me gusta la idea de tener problemas solucionables.

En cierto sentido es muy diferente ser un escritor ahora que cuando lo era en París. Digamos que ahora el escritor se gana la vida más fácilmente, se le publica más rápido. ¿Pero qué tipo de publicaciones y qué tipo de escritores? No se toman en cuenta los mejores escritos y no es ninguna solución para los verdaderamente creativos. Siempre tienen problemas porque están adelantados a su época y siempre serán crucificados hasta que no forjemos otra sociedad, una en la que el artista sea reconocido por lo que verdaderamente es, un líder y un curandero. Y ese día no lo veo muy cercano.

Mi horario no ha cambiado. Recuerdo que en París me



levantaba tarde, pero parece que actualmente no lo puedo hacer bien. Ahora estoy empezando a disfrutar la media noche. Después de la televisión y de ver en ella a algunos cómicos puedo leer los libros más profundos, aquellos que requieren toda mi concentración. Me encuentro mejor a mediodía —a esa hora nací. Los astrólogos dicen que es el mejor momento —la hora en que se nace—, y así ha sido para mí durante mucho tiempo. Lo recuerdo porque era a mediodía cuando podía escribir a gran velocidad y era entonces, sólo entonces, que me llamaba mi esposa y me decía que estaba lista la comida. Era difícil parar.

Soy un adicto a los libros y al cine, pero el efecto de ambos no es el mismo. El cine satisface en mí algo que los libros no pueden hacer. (Las películas, por ejemplo, satisfacen a la vista.) Antes que nada, creo que una de las grandes diferencias entre ambos es que a una película no se le puede poseer como a un libro que es, digamos, comestible: vivimos y nos nutrimos de él; en cambio la película —si es alguna muy buena—, proporciona algunos momentos maravillosos que después se desva-

necen. De hecho se pueden recordar ciertas cosas pero no duran siempre ni con la mejor de las películas, mientras que al libro se le puede palpar: se vive una y otra vez por días y semanas, y se vuelca sobre uno repetidas veces. Deja una impresión permanente cuando se trata de alguno muy bueno. Con el cine no sucede lo mismo. Lo que quiero señalar es que ciertos personajes del cine se quedan metidos en la cabeza, se les puede dar vida constantemente. Con un libro nunca se sabe a quién se parece un personaje, hay que imaginarlo.

La imagen cinematográfica es sumamente fuerte; me gusta más que la del teatro. Solía ir al teatro con frecuencia pero en la actualidad difícilmente me paro por uno. No puedo soportar una pieza mediocre aunque de vez en cuando puedo aguantar una película mala porque algo está sucediendo, en realidad se trata de muchas cosas a la vez. No es la anécdota lo que me retiene, es el color y el movimiento, la acción. Existen ciertos tipos con los que me puedo identificar por estar muy cercanos a mí; algunos son atractivos y otros espantosos pero memorables. Se está observando gente viva —y se vuelve más real,



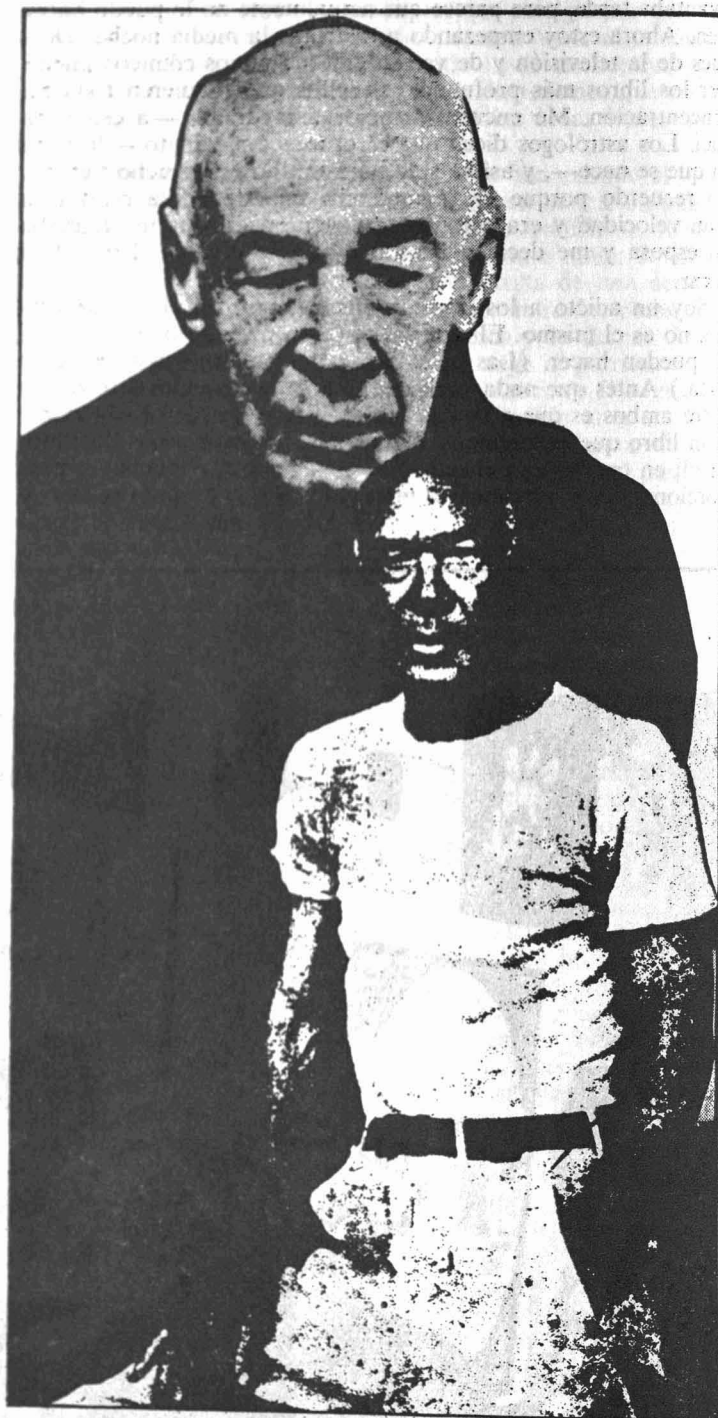
más cercana a uno que los personajes de un libro. Recuerdo películas que vi hace 30 o 40 años y aún vuelvo a ver claramente a ciertos individuos, mientras que a los personajes de un libro nunca los puedo visualizar, dejan cierta imagen pero ésta es confusa y vaga.

La etapa de la pintura y de la lectura pronto deberá desaparecer y será remplazada por otra cosa. No obstante —desde el momento en que soy escritor y las palabras significan gran cosa para mí— es difícil imaginar el tipo de sustituto que será. Hay algo en los libros que una película nunca va a poder dar: las asociaciones que crean las palabras, las ideas que piden ser desarrolladas y todo eso. Estas cosas nunca podrán ser expresadas en una película: es demasiado real, demasiado concreta. Lo que se admira en un libro es su elaboración, la fantasía, su complejidad, para las que el filme carece de tiempo. Este tiene que ser explícito. Lo que anhelamos es una especie de vellosidad, un aura de lo intangible. El cine se las arregla con intangibles. Esto podría sugerir lo otro, aunque no muy bien. Se puede prescindir de la cantidad de libros que están siendo publicados y que no tienen la menor importancia. Esto puede ser igual de cierto para la mayoría de los filmes, pero si se trata de elegir yo diría que se viera una buena película antes que perder el tiempo con la mayoría de la literatura contemporánea.

La tragedia del cine reside en su fundamental origen literario. Eso es lo que lo ha estropeado. No hemos desarrollado las potencialidades del cine como debiéramos, todavía está en el cascarón. Yo, por ejemplo, eliminaría la utilización del guión. Reuniría a los actores, al fotógrafo y al director y les daría una pequeña idea de lo que se trata y que empezaran a trabajar, improvisando, construyendo una historia conforme se va avanzando —en caso de que *deba existir una historia*. Por supuesto que no tiene por qué haber una y es a lo que quería llegar: un filme puede ser muy bueno si cuenta con la plena libertad, cuando permite la fantasía, el ensueño, la entrada de imágenes oníricas y toda clase de cosas desconectadas. No tiene que existir siempre una razón para que sucedan las cosas. Admito que es debatible el que deba haber una trama —aunque estoy del lado de la menor posible, tanto en el cine como en la literatura.

Hace poco vi *Satiricón* de Fellini. También me tocó ver un par de veces a Fellini cuando lo estaban entrevistando. Para mí sus palabras son de oro, habla el lenguaje del individuo creativo. Para la mayoría de los espectadores el *Satiricón* fue una especie de colapso. Se decían y se preguntaban miles de cosas, la trama, el sentido. Lo único que sé es que gocé cada minuto. Vale madres de lo que se haya tratado, lo que vi fue maravilloso. ¿Por qué no se puede tener únicamente eso, una serie de tomas maravillosas que por sí mismas sean interesantes? Por supuesto que fue mucho más que esto. También es posible contar con una anécdota muy buena pero quizás resulte demasiado pretencioso. ¿Cuántos cuentos, novelas y pinturas fabulosas existen? ¿Y cuántos grandes filmes hemos tenido?

Estamos ya en un estado avanzado de madurez. Si somos honestos con nosotros mismos, debemos admitir que cuando se



va a un museo se encuentran pocas pinturas admirables que puedan absorber nuestro interés. El noventa por ciento de ellas valen madres. Esta preservación religiosa de las obras maestras del arte pudo haber sido importante en el pasado pero no ahora. Me pregunto cómo nos pueden afectar a estas alturas. ¿Tenemos alguna relación con ellas en la actualidad? Sucede algo parecido con los primeros filmes: algunos de ellos fueron muy importantes en su época, pero cuando se proyectan ahora hay que preguntarse qué clase de idiota era uno para que le hubieran podido gustar películas como esas.

II

Soy uno de esos escritores que pueden escribir únicamente después de que ha transcurrido mucho tiempo entre lo sucedido y su escritura. La mayoría de las cosas que he escrito me han salido veinte años después. Uno o dos libros fueron escritos en el mismo momento, el *Trópico de Cáncer* y *El Coloso de Marusi*, pero la mayoría de las veces tengo que volverme hacia atrás. Alguna vez mencioné que, habiéndome levantado una vez en la noche, me puse a sacar notas a lo largo de doce o catorce horas. Aquel cuaderno ha sido la base de toda mi obra autobiográfica. No obstante, cuando me siento a escribir —me refiero a las obras mayores— apenas y hojeo esas notas.

La mayoría de la gente se frustra ante la página en blanco y lo mismo sucede frente a un lienzo. Encontré un truco que los surrealistas descubrieron: consiste en escribir sólo aquello que llegue a la mente, sin sentido, sin puntos ni comas, sin una secuencia de ningún tipo, hasta que lo que se quiera decir empiece a salir. Después se elimina toda la bazofia preliminar. Escribo hasta que me canso o hasta que he agotado todo lo que quería decir, pero nunca se me ocurre trabajar hasta que quede exhausto el cerebro. Aprendí una vez la lección: escribí 45 hojas en un día y troné. Desde entonces trato siempre de conservarme fresco. Es como tener una reserva que nunca se agota porque cuesta mucho trabajo volverla a llenar. Creo que ésto era lo que decía Hemingway, pero él fue otra de las víctimas de sus manuscritos y nunca logró acumular esa reserva, a mi parecer. Digamos que apenas remuevo la superficie para tener algo con que seguir adelante al día siguiente. Ese, en general, ha sido mi método de trabajo. Por supuesto que a menudo pierdo el paso, pienso que voy a escribir sobre un tema determinado, y de pronto se interpone otro y me sigo con ese. Pero lo más importante es mantener la corriente fluyendo constantemente.

No pienso como otros escritores, mi forma de proceder es completamente diferente a la de un escritor de cine que prepara un guión. Este tiene que pensar en muchas cosas como para tenerlas en la cabeza. No me importa si pierdo el blanco o no, escribo y eso es lo importante. No es lo que haya escrito, es la escritura en sí, porque de esto está hecha mi vida, de la escritura. El acto mismo es lo que importa. Lo que diga es lo de menos; a menudo carece de sentido, es estúpido, contradictorio

—en realidad no me apura demasiado. La diferencia que existe entre los otros escritores y yo es que ellos están luchando todo el tiempo por poner lo que tienen en la cabeza y yo con sacar lo que tengo más abajo, en el plexo solar, en las regiones bajas.

Mi amigo Alfred Perlès tenía un método muy particular. Ponía un reloj sobre la mesa y decía: voy a escribir durante cuarenta y cinco minutos. Cuando el tiempo había terminado, paraba aunque fuera a la mitad de la oración, había terminado. Esto también lo he hecho —parar a la mitad del párrafo. Probablemente desagradaría a muchos escritores porque no se imaginan cómo recuperar lo que estaban pensando. Nunca me aflijo por ello porque nada se ha perdido, es cosa de encontrar la pista una vez más. Quizás no se empiece por el mismo párrafo, probablemente se comience otro pero, eventualmente, si se tiene en la cabeza saltará en el transcurso de la escritura, y si no sucede al día siguiente entonces al otro. Nunca me preocupo por perder las cosas. Nada se pierde del todo, y menos los pensamientos.

Proust demostró que al revivir algo por medio de la memoria lo estaba viviendo más intensamente que cuando le había sucedido. Me parece muy cierto; no sé por qué es así, tal vez porque cuando se está escribiendo se es extremadamente consciente, enterado, alerta y se está en armonía. Lo que se escribe tiene más sabor, todo se siente mucho más. Por supuesto que se pueden estar diciendo mentiras; no obstante, se recupera y se maneja ese mismo momento en la medida en que se le posee; todo consiste en no hacerlo parecer exactamente lo que fue, sino en recuperar el ambiente, el aura de ese acontecimiento. Yo diría que es casi imposible reproducir por completo alguna cosa pero de algún modo se puede crear un efecto parecido.

Me causa cierto placer revivir una experiencia —acaso hasta un cierto placer en ascenso. La experiencia se sublima. Es como una experiencia por partida doble, la primera vez que se hace algo no se es, digamos, consciente de ello, no se mira uno en un espejo como cuando se está escribiendo y se ve uno a sí mismo otra vez. Al escribir se mira uno en el acto de hacerlo, pero esta vez uno es consciente de que está actuando. Esa es la diferencia entre las acciones conscientes e inconscientes. Decía que al revivir una experiencia el placer es sublimado, porque cuando se vive ésta no hay palabras de por medio. No se dice, oh, qué maravillosa niebla, su roce en las mejillas, etcétera. Se *siente*, no se dice. Pero cuando ésto sucede hay algo adicional.

Existe una sensación que podría estar unida a una sensación física involucrada con las palabras y su utilización. Una sensación definida, las palabras son completamente diferentes a cualquier otro medio. Guardo una reverencia enorme a las palabras porque por detrás de ellas se encuentra eso que yo llamo mágico. La creación de la palabra es algo absolutamente misterioso, no sabemos absolutamente nada acerca del origen del lenguaje. El hombre nunca ha sido capaz de describir cómo fue que aprendió a hablar. Le tratan de explicar a uno que primero empezamos gruñendo como animales de una y otra forma



pero no lo creo. Debe haber algo más misterioso y mágico en todo eso. Las palabras lo pueden llevar a uno a la acción, al pensamiento, mejor que otros medios.

Por supuesto que todo esto —la sensación y el sentimiento de placer— cae sobre la cualidad descriptiva, la utilización de adjetivos y adverbios por color. Aquí sucede algo extraño, un escritor puede describir esmeradamente cualquier cosa de la que esté hablando y no nos importa, nos aburre o nos duerme. Otro utiliza, digamos, metáforas, no enumera ni especifica. Una vez más vuelve el elemento mágico de las palabras. No son las palabras por sí mismas sino el cómo están yuxtapuestas y es ahí donde se localiza la habilidad del artista creativo. Es el *qué* palabras y el *cómo* están colocadas, lo que *evocan* y lo que *dicen*. En esto consiste todo el problema del arte de escribir.

La satisfacción del escritor, más que la del lector, es, una vez más, un asunto personal. Estoy seguro que ciertos autores agonizan mientras escriben; otros —yo me puedo colocar dentro de esta categoría— la gozan. La gozo como si saliera de mí. Digo: si tan sólo me pudiera ver de tal y tal forma, ver todos estos asuntos saliendo de la máquina de escribir. Pero esto varía enormemente con los individuos. Algunos escriben línea por línea, paran, borran, sacan la hoja, la tiran, etcétera. Yo no procedo de esa forma, únicamente avanzo. Después, cuando he terminado mi quehacer lo pongo, por decirlo así, en el refrigerador. No me gusta ver lo que he escrito sino cuando ya pasaron uno o dos meses —mientras más tiempo mejor. Es entonces que experimento un placer casi tan grande como el de escribir. Es lo que yo llamo "llevar el hacha al trabajo". Quiero decir, cortarlo en pedazos. Ahora se le puede apreciar como un todo ventajoso, se tiene una perspectiva nueva sobre él e incluso al eliminar algunos de los pasajes más emocionantes se obtiene cierto placer, porque éstos no están del todo acabados, no suenan bien al oído crítico. Pudo haber sido maravilloso al escribirlo pero como crítico se le debe apreciar desde otro punto de vista. En realidad me gusta el aspecto de matadero de este juego.

Dicen que Hemingway era un hombre que corregía lo que había escrito al día siguiente y que Thomas Mann incluso lo hacía el mismo día. Tengo entendido que escribía una hoja diariamente y que ese mismo día empezaba la corrección. De esa forma tenía una producción enorme. Todos los días, sin fallar, escribía una página. ¡En 365 días se tiene un volumen! Me cuesta mucho trabajo pensar en hacer eso. Más aún, me es imposible. Pero una vez más, ¿cómo saber qué maquinaria trabaja en cada individuo? ¿Cómo lo hace? Cada hombre es único.

Los editores son un anatema para mí. Nunca le he permitido a ninguno modificar mi obra —todos los editores son escritores fracasados. No estoy de acuerdo con ellos ni quiero oírlos. No quiero nada excepto lo que yo digo, sea bueno o malo. No me gusta que otras personas hagan las correcciones. Tengo entendido que hoy en día, por ejemplo, existen jóvenes escri-

tores cuyo trabajo podría agradar a los editores pero éstos siempre insisten en hacer cambios, le pasan el manuscrito a otro fulano que es el que hace los cambios necesarios. Y cuando aparece el libro no sabemos a quién pertenece.

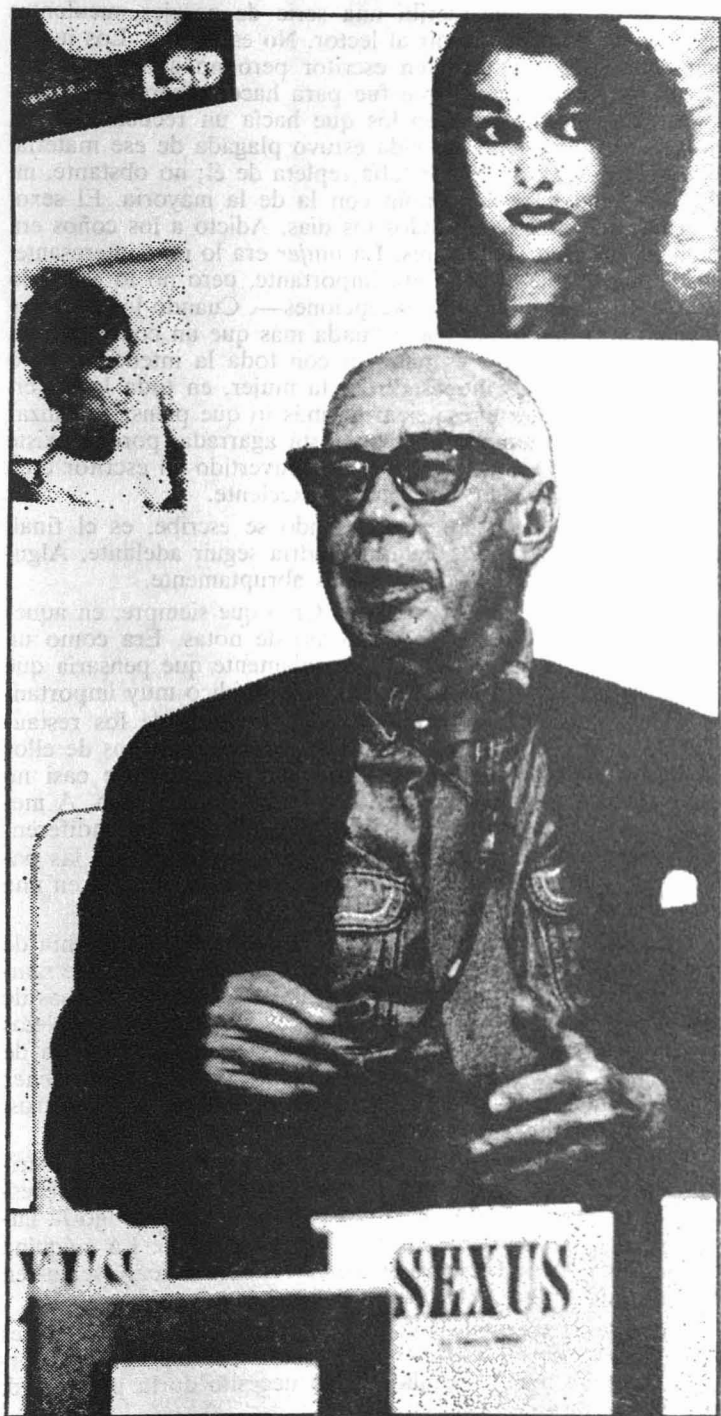
Esto me ha sucedido únicamente en los Estados Unidos. Ningún editor en Europa se ha atrevido nunca a hacer eso o a sugerirlo, pero aquí me ha sucedido con frecuencia. Los editores de revistas son los peores delincuentes. Le dicen a uno: ¿no le parece que este párrafo quedaría mejor aquí que allá? Yo les digo: no, no me parece; tómelo o déjelo. Los autores europeos nunca son molestados con tales estupideces. Aquí se tiene cierta idea de la perfección, pero la perfección se calcula con las ventas. Quieren agradar al lector medio, creen saber lo que la gente quiere —yo dudo que se conozcan siquiera el culo.

Algunos lectores y críticos afirman que existe una contradicción entre Henry Miller escritor y Henry Miller persona, pero ninguno de ellos me conoció como persona. Creo que me he descrito muy detalladamente en mis libros, ahí está el Miller sensual, el religioso, el esteta. Me gusta considerarme como una persona polifacética, y si alguien no se da cuenta de esto en mi conversación debe ser a causa de las circunstancias. Cuando pienso en mis años en París, en algunos de mis amigos íntimos y la forma en que hablábamos se me hace una forma de conversación completamente distinta. Puedo hablar en diferentes niveles, como un cargador o como un ángel.

Cuando escribo a mano sucede que soy más sincero porque me desahogo de mi "yo" literario. Desde el momento en que me siento frente a una máquina de escribir, mis dedos comienzan a activarme poniéndome en la línea del escritor. Y cuando tomo la pluma, es un poco más fastidioso, más embarazoso, fingido, por tanto no cuento con la misma facilidad. Un ejemplo. Picasso decía de su obra que cuando estaba frente a un lienzo eliminaba todo aquello que pudiese resultar agradable y placentero porque eran expresiones de su facilidad. Lo que él quería era algo que le saliera de las entrañas, que tuviera que luchar, algo que no fuera únicamente placentero. Naturalmente, yo soy más literario cuando escribo a máquina, las cosas salen más fácilmente, más pulidas incluso. Mientras que con la pluma es una lucha constante y el material parece llegar de una fuente distinta.

Oralmente las cosas cambian demasiado. Con algunas gentes parezco un flujo constante, una catarata, con otras tartamudeo o me quedo callado. Todo depende de cómo lo impresionen a uno y en qué parte, depende de la gente frente a quien esté, de lo calmado que me encuentre y si estoy de buen humor y si me puedo expresar. Depende de muchas cosas. Sé que en cierta forma soy un actor y en la medida en que todos lo somos existe una especie de deshonestidad entre nosotros. Sabemos lo buenos que somos o lo que creemos que somos, deseamos causar una impresión con todas estas cosas que ilustran nuestro discurso. Las cosas cambian según se esté platicando con una mujer a la que se quiere impresionar o de la que se está completamente enamorado, o con otra que nos importa un





carajo. Así sucede con los hombres a los que se quiere uno acercar a tratar de intimar. Uno se siente superior o inferior. Existen una multitud de factores involucrados cuando uno se enfrenta con otras gentes. No existe un hombre absolutamente honesto, todo se encuentra mezclado, "agrisado", ni blanco ni negro.

Si escribo a máquina en torno a alguna experiencia y después le escribo una carta a alguien acerca de lo mismo o le hablo personalmente de eso mismo, cada versión resulta diferente. Lo que se omite o se incluye es un asunto de selección. Ahora que con la máquina de escribir siento que me estoy entregando completamente. Al hablar puedo expresarme de un modo muy diferente pero con una gran sinceridad.

Con la escritura debe existir cierta calidad de por medio. Al describir también se actúa. Por lo general se tiene plena conciencia del sitio al que se quiere llegar. Se habla de los escritores que entran en una especie de trance. Yo lo he hecho. Las palabras salían de mí provenientes de todos lados y de ninguno, era "víctima" de estas palabras. Era como si abrieran una manguera y las palabras empezaran a caer sobre mí, que terminaba por acomodarlas simplemente sobre el papel. Esos son momentos gloriosos o terribles porque luego no se encuentra la forma de parar la chingadera. Me ponía a suplicar: ¡párenle! ¡párenle! ¡déjenme en paz!, pero esto no ocurría con frecuencia. Cuando esto sucede, Dios nos ayuda, si no ya estaríamos muertos de inanición.

Acerca del elemento histriónico en la escritura: se pone la cara frente a las cosas y el mundo, pero no es necesario considerarlo demasiado, el artista cuenta con que está siendo escuchado al igual que un virtuoso en el escenario. En realidad, creo que algo tiene que ver. Por otro lado, cuando se escribe una carta a un amigo se trata de ser sincero. Cuando se habla con alguien hay un poco de ambas cosas. Una vez más es una actuación. Cuando miro a alguien pueden brotar ciertos pensamientos que de ninguna manera surgirían si estuviese frente a una máquina o si estuviera escribiendo una carta.

No creo que a un escritor le agrade estar reviviendo una experiencia. En todo caso pienso que se puede sentir bien cuando es capaz de transcribir ésta al papel; es la habilidad para recuperar lo que emociona y no la sola idea de revivirla. Incluso pienso que esto último es secundario, al menos para mí.

Al principio me costó mucho trabajo. Dije que iba a escribir la verdad y me encomendé a Dios. Pensé que lo estaba pero no pude. Nadie puede escribir la verdad absoluta, es imposible, el ego no nos lo permite. Creo que la verdad es algo que se resbala entre los dedos, no se le puede retener. Quizás meditando en silencio, momentáneamente, e incluso como un ejercicio disciplinado. Todos nosotros vivimos de las mentiras, nunca nos enfrentamos cara a cara con nuestra propia realidad.

Cuando escribo sobre algo gracioso, nunca me detengo a pensar algo cómico. No tengo pensamientos prefabricados. Me dedico a escribir y si algo se vuelve gracioso o melancólico está fuera de mi control. Por lo general nunca estoy pensando en

los efectos, sólo algunas veces cuando estoy describiendo algo; puedo quitar esto, poner esto otro, porque es más efectivo, pero no puedo hacer lo mismo cuando estoy escribiendo de mis sentimientos —salen tal y como son. Si son graciosos, pues son graciosos, si no, no. Muchas veces mientras estoy escribiendo me empiezo a reír, me río a carcajadas.

Cuando era joven, en un día podía estar alborotado y luego deprimido al día siguiente. Después, a mediados de los cuarenta, ya estaba mucho más tranquilo. Siempre me ha gustado utilizar la palabra *aceptación* —es una gran palabra para mí. Aceptar la vida tal como es, ver lo que es y tomarla como tal, sin ilusiones ni desencantos. Cuando me libre de mi "idealismo" fue un gran paso muy saludable. En *Gargantúa de Rabelais* está inscrito sobre el portal de la Abbaye de Thélème: "*Fay ce que voudras* —en otras palabras— "Házlo como quieras". San Agustín lo dijo de otra forma: "Ama a Dios y haz lo que gustes." ¡Qué maravilloso! En ese espíritu lo que es importante —no la moral o la ética—. Si uno está imbuido del espíritu correcto no se puede hacer nada mal. El hacer lo que uno desee, únicamente, puede brindarnos la felicidad —a uno mismo y a sus compañeros—.

Escribí acerca del sexo porque fue una parte importantísima en mi vida, siempre estuvo dominando. Para ser honestos, nunca he escrito mucho acerca de mis verdaderos amores. Algunos de ellos ni siquiera los he mencionado en mis libros y únicamente he intentado cubrir cierto periodo de mi vida en ellos: siete u ocho años con una mujer, June, o Mona, en los libros. Y después, impulsivamente, me he dispersado en todas direcciones. Pero el relatar mi vida con ella no fue mi objetivo principal.

Lo curioso es que la escritura pornográfica no me estimula, no tiene un gran efecto sobre mí. De hecho, me molesta. Es cierto que no he leído a muchos de los clásicos famosos en este terreno y tampoco sé por qué no fui atraído por ellos. Soy un poco mirón, las pinturas y las fotografías sí me estimulan mucho; pero leer acerca del sexo no, no mucho, a menos que se trate de algo hecho por un artista.

Leí a los grandes como Casanova, Rabelais, Boccaccio, Petronio —autor del *Satiricón*— y los disfruté enormemente cuando era joven; aunque creo que ahora no sería lo mismo, entonces me excitaban la sangre.

Leí recientemente un libro llamado *My Secret Life*. A lo largo de veinte años esta obra ha sido recomendada por un censor entonces no reconocido. De todos los libros que he leído en este género, decía, éste, en mi opinión, es el mejor de todos. De su autor podría decirse que realmente amaba los coños —amaba a las mujeres únicamente por el sexo—. Parece que tuvo todo tipo de mujeres —realmente fue en lo único que tuvo tiempo para pensar—. Tenía dinero a su disposición, su tiempo le pertenecía, y leerlo es fascinante porque no es más que sexo, no hay cualidad literaria de por medio; sólo el ir y venir de coños. Es una fuerza elemental tan mágica y misteriosa como hablar de Dios o de la naturaleza o del universo.

La gente dice que escribí una serie de pasajes suculentos únicamente para no dormir al lector. No es verdad. Los jueces han dicho que soy un buen escritor pero no saben por qué escribí esas cosas, creen que fue para hacer dinero. Me refiero a los primeros libros en los que hacía un recuento de mi vida, pero diariamente mi vida estuvo plagada de ese material objetable o cuestionable. Estaba repleta de él; no obstante, mi vida no tenía nada en común con la de la mayoría. El sexo, para mí, no era cosa de todos los días. Adicto a los coños era también adicto a las mujeres. La mujer era lo más interesante. Por supuesto que el coño era importante, pero no lo era todo —excepto en algunas raras excepciones—. Cuando los hombres se refieren a una mujer como "nada más que un coño" o, más aún, "todo un coño", es también con toda la intención. Pero siempre estuve más interesado en la mujer, en toda la mujer. Más que eso, me interesa siempre más lo que piensa, alcanzar y penetrar todo aquello a lo que está agarrada, porque existe en mí un detective. De no haberme convertido en escritor creo que podría haber sido un detective excelente.

Algo que se debe aprender cuando se escribe, es el final, cuándo escribir "Finis". Siempre podría seguir adelante. Algunas veces llego al final de las cosas abruptamente.

Mis notas comenzaron en París. Creo que siempre, en aquellos días, traía conmigo un cuaderno de notas. Era como un reportero, hacía notas tan concienzudamente que pensaría que me estaban pagando el dineral en un periódico muy importante. Hacía notas de todo. Guardaba los menús de los restaurantes, los programas de teatro, todo, y pegué muchos de ellos en mis cuadernos, toda clase de cosas. Actualmente casi no utilizo las notas pero me encanta hacerlas, me foguean. A menudo cuando me siento y las miro me son del todo indiferentes. Pero es algo que me hace empezar, lo mismo con las palabras. Me enamoraría de ciertas palabras y las pondría en una lista enorme dentro de un papiro.

Decidí encuadernar esas notas sólo cuando me di cuenta de que dejaba París para irme a Grecia, y que podría ser que nunca regresara. Tengo muchas en la biblioteca. Regalé muchas de mis notas. Escribí siete libros a mano, siete libros completos en domos de imprenta y se los di a mis amigos a manera de regalos. El único que fue impreso fue *Order and Chaos* chez Hans Reichel. Sería fabuloso ver algún día publicados los otros, aunque nunca los escribí con esa intención.

Todos estos libros que escribí para mis amigos fueron escritos a mano a pesar de que, por lo general, lo único que escribo a mano son cartas. Cuando escribo a mano tengo la impresión de que soy más sincero y menos literario. La máquina de escribir es muy dócil conmigo, es como practicar escalas en el piano, de algún modo los dedos me hacen pensar.

Deseo tener una vida mucho más sencilla. Lo que quiero es vivir tranquilamente y trabajar. Quiero ser olvidado de tal forma que tenga más tranquilidad. No necesito de la publicidad, ella es la causa de mi miseria.

